

La competencia y la dominación entre las potencias capitalistas mundiales

JAMES PETRAS Y
ROBERT RHODES

A principios de esta década varios autores afirmaron que estábamos entrando en un nuevo periodo histórico que marcaba el final de la supremacía mundial norteamericana. Los argumentos contra el siglo norteamericano, que reunían una serie de eventos impresionantes, eran muy convincentes. En el Tercer Mundo, el poderío militar-tecnológico y económico norteamericano fue deportado en forma decisiva en Indochina, resultando en el establecimiento de regímenes no-capitalistas. Además, los países productores de materias primas se estaban organizando y exigiendo mejores precios y condiciones de intercambio más equitativas de los países industrializados. Se interpretó el esfuerzo exitoso por parte de la OPEP como un logro importante apuntando hacia un cambio drástico en el poder financiero y político hacia el Tercer Mundo, o cuando menos sus beneficiarios petroleros. En el mundo capitalista avanzado, Europa, a través del mercado común, y Japón se estaban ampliando a un ritmo sin precedentes, compitiendo con bienes y servicios norteamericanos a escala mundial y mostrando señales de desarrollar una política extranjera independiente. En el mundo comunista Estados Unidos se vio forzado a llegar a un acuerdo de facto, si acaso no de jure, con China, acordando a una avenencia con la U.R.S.S. y al empezar discusiones con Cuba. La contención cedió paso a la distensión — manifiestamente un reconocimiento de los límites del poder norteamericano. Al lado de estos eventos político-económicos, el escenario general financiero-comercial incluía el valor decreciente del dólar, balanzas comerciales norteamericanas negativas y el debilitamiento aparente del papel norteamericano como banquero mundial. Estos retos externos fueron complementados por la parálisis interna de la rama ejecutiva norteamericana. La revelación de la violación por parte del régimen de Nixon de las reglas del juego burgués-democrático provocó una campaña sin precedentes de escrutinio y debate en los medios masivos de comunicación, y, eventualmente, en el Congreso. Aunque se estaba

retando la autoridad ejecutiva, se concibió la base de la oposición en una forma estrecha y el resultado dejó las estructuras y prácticas institucionales casi indemnes. Sin embargo, la caída en autoridad y prestigio del presidente de turno y el elemento de incertidumbre dieron el aspecto de inestabilidad y parálisis sugiriendo que la decadencia externa y la inestabilidad interna eran dos facetas de la misma moneda, vaticinando un movimiento acelerado hacia abajo y lejos de la política hegemónica mundial. Tanto los liberales (y radicales) como los conservadores llegaron a convencerse de la influencia mundial decreciente: de aquellos que rechazaban la caída había discursos y artículos discutiendo programas para una renovación colonial, llamados para terminar con la distensión, así como exhortaciones para mostrar una mayor voluntad para usar el poder; entre aquellos que acogían bien la caída afirmada, hubo propuestas para enfocarse hacia adentro, para mostrar un mayor interés por prioridades nacionales, para expresar más moderación y juicio en compromisos externos. Independientemente de las inquietudes finales, todas las opiniones pertinentes parecían convergir en la idea de que Estados Unidos parecía estar perdiendo influencia y que estaba retando su posición estructural a escala mundial.

Parecía que las ventajas de posguerra ganadas por Estados Unidos se estaban eliminando. Ya no podía disponer de materias primas y recursos a precios que pudiera imponer; ya no podía dictar prioridades económicas internas y regímenes políticos a través de préstamos y créditos; el capital europeo y japonés ya no dependía de la buena voluntad norteamericana para la expansión económica y la protección político-militar; Estados Unidos ya no podía organizar un boicot y socavar un proyecto nacionalista en el mundo petrolero; Estados Unidos ya no podía contar con el ejército como un último recurso contra el nacionalismo económico.

Los flujos banqueros pasaron por Europa, Japón y el Medio Oriente, así como Nueva York. Los costos de explotación de las materias primas aumentaron con cada régimen nacionalista nuevo. Los jeques y los chas citaban a Emmanuel en cuanto a un intercambio desigual, mientras que los generales peruanos compraban tanques rusos y el FMI pasaba por alto las reservas norteamericanas y prestaba fondos a Chile bajo Allende.

Era evidente que la base antigua de la hegemonía norteamericana se estaba agrietando, que se estaban desarrollando nuevos alineamientos y que la base antigua de llevar a cabo negocios a escala mundial estaba llegando a su fin. También es evidente que la coyuntura internacional (1969-1973) era desfavorable para el capital norteamericano y para el Estado que lo respaldaba. Sin embargo, lo que parece ser menos evidente para la mayoría de los analistas, es que este giro hacia abajo en la influencia norteamericana no fue el resultado de un desafío global a la estructura de la dominación norteamericana —las pérdidas incurridas en áreas marginales se podrán recuperar en otras. Además, lo que aparentaba ser una pérdida creaba condiciones que permitían una reconcentración del po-

derío norteamericano y una estabilización relativa de su influencia por encima de y en contra de sus retadores— al Oriente u Occidente, al Norte o al Sur.

Los juicios históricos del desarrollo y caída de la hegemonía norteamericana se han basado en un análisis coyuntural; este análisis sobrestimó los defectos estructurales y subestimó la fuerza dinámica interna política y el apuntalamiento estructural global que facilita la recuperación y la reconsolidación de la hegemonía norteamericana en la política global.

La historia reciente y el poderío norteamericano

Se había estremecido la red del estado imperial, pero no se había quebrantado frente a los eventos recientes en Indochina. El retiro de las tropas y los recursos había permitido que Estados Unidos reconcentrara sus esfuerzos en otras partes del mundo. Uno de los argumentos utilizados por los que se habían autodenominado “palomas” durante Vietnam fue precisamente la “sobre-extensión” de Estados Unidos en Vietnam por encima de y contra otros compromisos imperiales. El retiro y la derrota en Vietnam permitió a Estados Unidos abocarse a la tarea de reconstituir su ejército — como una fuerza mercenaria móvil capaz de involucrarse momentáneamente; cosa que dista mucho de la fuerza desintegrante y demoralizada de 1969-70. Las amplias exigencias militares, vistas en el presupuesto ejecutivo para 1975-76 —la asignación de 100,000 millones de dólares que batió récords— se dirigen precisamente al meollo: el brazo militar en ultramar del estado imperial no solamente ha recuperado su posición antes de Vietnam sino que se está extendiendo más allá con nuevos armamentos, instalaciones y capacidad como para asegurar la expansión norteamericana en ultramar y el mantenimiento del poder global norteamericano. El control de la finanza internacional ejercitado por Estados Unidos al derrocar a Allende sugiere que un poderío global norteamericano es una cuestión muy candente en decidir calendarios de desarrollo en el Tercer Mundo. En el aspecto privado, el control norteamericano sobre la banca en ultramar ha aumentado considerablemente entre los años 60 y los años 70. Los activos de las sucursales extranjeras de los bancos norteamericanos aumentaron de 47,000 millones en 1970 a más de 166,000,000,000 para septiembre, 1975. Los empréstitos internacionales aumentaron de 45.665,000,000 en 1974 a 552,438,000,000,000 en 1975. Robert Holland, miembro del Consejo de Reserva Federal, señaló hacia la creciente importancia de las utilidades en ultramar de la oligarquía banquera en Estados Unidos: “Como evidencia adicional del volumen incrementado de actividades extranjeras por bancos norteamericanos, algunas de las instituciones bancarias más importantes de Estados Unidos reportaron que más de la mitad de su ingreso total del año pasado representaba ingresos de actividades extranjeras” (New York Times, febrero 5). En vez de disminuir, tanto en términos de poderío financiero como capacidad mili-

tar, dos componentes esenciales para mantener el poder global, Estados Unidos sigue controlando los medios principales del mundo capitalista. La única área de baja relativa en el transcurso de la última década es en el área de comercio, donde ha disminuido la participación relativa de Estados Unidos. Se podría sugerir, citando el ejemplo inglés, que los descensos en comercio presagian el deterioro de inversiones y financiero a largo plazo. Aunque éste fuera el caso, estaríamos hablando de un proceso histórico involucrando varias décadas o posiblemente medio siglo, ciertamente no cambios inminentes y dramáticos. Mientras que el poder del Estado imperial norteamericano mantenga su red, es posible que el comercio norteamericano suplante a la competencia, reciba contratos lucrativos, invierta patrones comerciales, cobre deudas, obtenga préstamos —en otras palabras, Estados Unidos sigue usando los recursos financieros mundiales para proyectarse hacia afuera y competir exitosamente. Cuando el Cha gasta miles de millones ganados de las ventas petroleras japonesas, europeas y del Tercer Mundo para comprar armamentos norteamericanos, productos industriales y tecnología, se debe a que la organización militar-política global norteamericana (el Estado imperial) no solamente puso al Cha en el poder pero organizó su ejército, capacitó sus consejeros económicos y técnicos y penetra el aparato de seguridad de arriba hacia abajo. El aparato del Estado imperial norteamericano convierte el surgimiento de cierto “nacionalismo” tercermundista (sobre todo en los países petroleros donde existen lazos inter-estatales muy antiguos) en un instrumento efectivo para debilitar a su competencia y fortalecer su propia posición. El nuevo nacionalismo petrolero, ha servido, con muy contadas excepciones, para re-distribuir la riqueza mundial hacia Estados Unidos a costa del resto del mundo capitalista — ocurrencia no fortuita en este mundo “interdependiente”.

La segunda fundación del poder mundial estadounidense se refiere a la naturaleza de las relaciones políticas y sociales en Estados Unidos. A falta de cualquier forma de desafío organizado de clases a la hegemonía capitalista, la clase capitalista norteamericana tiene una capacidad sin límites para recuperarse de las crisis económicas sin pagar ninguno de los costos políticos y sociales que cualquiera y todos sus competidores tienen que enfrentar. Entre los países capitalistas industrializados Estados Unidos tiene una de las tasas más altas de desempleo y el menor grado de servicios sociales mientras que da los mayores subsidios a la investigación y desarrollo controlada por particulares. Sin luchas políticas y sociales que reten esta distribución de bienes y servicios, con un sistema político bi-partidario (demócratas y republicanos) que mantiene estas prioridades y una burocracia sindicalista que apoya activamente tanto las asignaciones como los partidos mientras que disciplina severamente a los retadores internos —el capitalismo norteamericano está en una posición excelente para “modernizar” las industrias, aumentar la productividad y reducir el costo de los bienes manteniendo niveles

elevados de desempleo y reduciendo los costos sociales de la producción a través de restricciones fiscales a nivel de gobierno estatal y local hacia arriba.

Ningún gobierno capitalista europeo o japonés puede moverse con la impunidad de Estados Unidos —las manifestaciones y las protestas importantes conducirían a una confrontación y descensos serios en la producción, acelerando adicionalmente una economía en decadencia. Con los Meany y los Woodcock y los Abel y los Shanker y los Gottbaum en control de la mano de obra, la clase capitalista norteamericana puede imponer todos los costos de hacerse competitivo con respecto a la fuerza laboral sin temor de represalias políticas; la mano de obra está ligada al Partido Demócrata y este partido, a su vez, está comprometido para proveer los medios necesarios para la expansión capitalista —aunque esto signifique el abandono de muchas medidas de seguridad social aprobadas en décadas anteriores. El resultado final es que en Estados Unidos una clase obrera confinada política y socialmente no presenta obstáculos a la capacidad del capitalismo estadounidense de recuperarse de cualquier crisis ya sea local o global. Se pueden exprimir los suficientes recursos de la población subyacente para financiar nueva expansión y crecimiento, — los criterios que usa el capitalismo para juzgar su éxito, no por la existencia del desempleo o la pobreza. No se puede hablar de cambios irrevocables a escala mundial siempre y cuando el capitalismo norteamericano tenga la formidable arma de una fuerza laboral capturada políticamente capaz de producir bienes a costos que permiten la expansión del capital norteamericano. El Estado imperial que provee la red esencial para la expansión del capital norteamericano en el extranjero depende del mantenimiento de la hegemonía capitalista política libre de retos dentro de Estados Unidos. El financiamiento, dotación de personal y las operaciones de aquella red dependen del control de cada aspecto significativo de la política ejecutiva por parte de los políticos capitalistas. El escrutinio por parte del congreso ni es efectivo ni está dirigido a este nivel de formulación de políticas. Mientras que prosiguen las investigaciones de las pasadas operaciones de la CIA en Chile, la agencia está ocupada socavando el apoyo izquierdista en Portugal. Por encima y contra las necesidades de los imperativos capitalistas, todos los políticos, ya sean demócratas o republicanos, se convierten en ‘conservadores fiscales’, para citar al muy liberal concejal de la ciudad de Nueva York, el señor Paul O’Dwyer. Es cierto que un Estado imperial respaldado por una clase gobernante sin rival es capaz de sufrir varias derrotas en diferentes batallas, pero también tiene la capacidad de volver a encarrilarse y, en muchos casos, transformar las pérdidas en ganancias.

La tercera característica estructural que está subyacente en la persistencia del poderío mundial de Estados Unidos son las relaciones que existen entre el capitalismo norteamericano y sus antiguos competidores principales dentro del mundo capitalista. Aunque algunos autores han notado

la interdependencia de las dos áreas en términos de comercio, tecnología y manufacturas y otros han notado el creciente flujo de capital en ambos sentidos, el factor decisivo son las desproporciones en el alcance global y la auto-suficiencia interna. Japón necesita los mercados norteamericanos más que Estados Unidos necesita a Japón. Por lo tanto, cualquier intento por parte de los japoneses de desplazar a Estados Unidos a escala mundial está sujeto a retribución a escala mundial —una arma muy bien comprendida por la antigua administración de Nixon. Al igual, aunque se han hecho algunas inversiones europeas en Estados Unidos, solamente son una fracción de las inversiones norteamericanas en el continente y en Inglaterra. Ya sea que las industrias europeas compitan o colaboren con el capital norteamericano, las decisiones norteamericanas desempeñan un papel más importante en la determinación de su dinámica interna que en Estados Unidos. La idea de centros competitivos también presupone una accesibilidad mutua a los recursos mundiales — sin embargo, Estados Unidos tiene menos dependencia de materias primas que Europa; además, Estados Unidos está en mejor posición que Europa para pasar los costos adicionales a sus consumidores— debido a la oposición política sin consecuencia en Estados Unidos. Además, debido a su alcance externo, el capitalismo estadounidense está en una posición que le permite aprovechar los beneficios de mayores utilidades en terceros países a través de sus contactos político-militares, agregando así sus ventajas sobre Europa en una forma creciente. Mientras que Europa y Japón sigan dependiendo de Estados Unidos económicamente para comercio e inversiones, y mientras que Estados Unidos siga ganando de las pérdidas europeas y japonesas comerciales con respecto de países tercermundistas, la idea de un mundo policéntrico se verá fácilmente socavada. La retórica de un nuevo orden mundial desmiente un sistema global en el cual una multiplicidad de cambios complejos resulta en un resurgimiento de la hegemonía mundial norteamericana.

Dentro de este marco estructural mundial podemos ahora regresar al examen de los 'eventos' mencionados anteriormente que supuestamente terminaron con o estaban terminando con el poderío norteamericano en el mundo.

América Latina y el Tercer Mundo

En el Tercer Mundo el capital norteamericano sigue ampliándose, financiando y capturando más plusvalía que nunca. En América Latina, sobre todo en México, Brasil y Venezuela (entre otros), hay mercados importantes disponibles para bienes e inversiones norteamericanas — mientras que Chile, Uruguay y Bolivia han sido convertidos en lugares seguros para el capital norteamericano gracias al gran alcance del Estado imperial. En Argentina la CIA y el Departamento de Estado están discutiendo el momento oportuno para que el ejército intervenga —espe-

rando que el régimen peronista se desacredite totalmente para preparar el escenario para un golpe tipo Pinochet. El derrocamiento de Allende (1973) y el golpe de 1975 en Perú favorecen al capital norteamericano, si bien en diferentes grados dentro de circunstancias muy diferentes. La dirección general del impulso político en América Latina ha sido hacia la consolidación de regímenes que colaboran con el capital norteamericano —variando las oportunidades para el capital local con el momento y el lugar, es decir, las diferencias entre Perú y Venezuela, por una parte, y Chile por la otra, siguen siendo muy importantes.

Japón y el imperio americano

En meses recientes el gobierno japonés y la comunidad de negocios se ha preocupado cada vez más por la caída constante de ventas de exportación del Japón. En agosto la caída alcanzó cifras dobles por primera vez desde septiembre de 1958. Desafortunadamente para Japón, la mayoría de las fuerzas subyacentes en esta caída están fuera de su control. Estas fuerzas, según el *Orient Economist* (octubre, 1975), incluyen la depresión continua de los negocios en otros países industrializados, la posición de divisas que sigue empeorando en muchos países en vías de desarrollo y las crecientes restricciones de importaciones llevadas a cabo por políticas cada vez más proteccionistas en muchos países extranjeros. La versión de 1975 del "Informe Oficial sobre Comercio Exterior" publicado por el Ministerio Japonés de Comercio e Industria Internacional (OE, agosto, 1975) agrega a esta lista la verdadera re-evaluación del yen en 1973, el mayor impacto del aumento del petróleo y los precios de productos primarios en Japón que en Estados Unidos, y la competencia alemana así como la carga relativamente pesada de inversiones de capital en equipo e instalaciones anti-contaminación. Finalmente, el informe señala hacia el aumento relativamente mayor en costos de mano de obra en Japón en comparación con Alemania Occidental y Estados Unidos. Entre 1973 y 1975 los sueldos en Japón aumentaron un 60.7 por ciento, en comparación con aumentos en Alemania Occidental y Estados Unidos de solamente 16.5 por ciento y 14.1 por ciento respectivamente (OE, abril, 1975).

En vista de su falta de control sobre la economía mundial y la protesta pública cada vez más fuerte contra la contaminación de las islas japonesas, el gobierno y la comunidad de negocios han decidido ser firmes con la mano de obra japonesa. Sin embargo, la mano de obra japonesa sigue siendo más militante que la mano de obra norteamericana. La evidencia más reciente de su militancia fue la huelga nacional más larga en la historia del Japón —una huelga de ocho días de 860,000 burócratas a fines de noviembre y a principios de diciembre. La huelga ilegal a favor del derecho de emplazar a huelga fue suspendida con dos días de antici-

pación en vista del resentimiento popular y la determinación evidente del Primer Ministro Takeo Miki. Miki declaró en la televisión nacional que el "sistema político de Japón en realidad no puede funcionar si sigue adelante esta confrontación severa." (NYT, noviembre 30). Detrás de esta exageración evidente estaba la creencia del capital japonés de que hay que resistir las exigencias de la mano de obra.

Estudios recientes hechos por varias dependencias gubernamentales sugieren un deterioro paulatino de la posición de la mano de obra japonesa. Un estudio hecho por el Consejo de la Estructura Industrial, cuerpo consultivo ante el Ministro de Comercio e Industria Internacional, pronostica que en la próxima década habrá mayor desempleo y una tasa declinante en la participación de la fuerza laboral femenina, aun suponiendo una reducción importante en la semana de trabajo y una tasa declinante de la productividad, aumentando a la mitad de su promedio de posguerra. (OE, julio 22, 1975). Se presentan conclusiones más o menos similares en un estudio hecho por el Koyo Seisaku Chosa-kenkyukai, un cuerpo consultivo privado al Ministro de Trabajo. Si resultan correctos estos eventos y los cambios estructurales en el mercado de la mano de obra que se han pronosticado, los patrones japoneses posiblemente se vean forzados a dar de baja a empleados permanentes. Puesto que la increíble seguridad en el trabajo para el empleado japonés ha sido una contribución muy importante a la productividad de la mano de obra y las relaciones pacíficas entre la mano de obra y el capital, hay todo motivo para pensar que las luchas de clases se intensifiquen en los próximos años.

Penetración económica del Japón

Japón es un gigante industrial, sin embargo, en aspectos muy importantes, su base industrial es relativamente débil. Una de las debilidades más importantes (y subestimadas) es su base tecnológica. Se puede indicar esta debilidad en diferentes formas. Por ejemplo, en años recientes Japón ha recibido, en forma general, unos doce centavos y medio de países extranjeros por tecnología nacional por cada dólar que ha gastado en tecnología extranjera. En forma aún más dramática, "los ingresos de Japón en el comercio de tecnología permanece (sic) a un nivel solamente de 1/40 parte que el nivel equivalente para Estados Unidos, una cuarta parte que el nivel de la Gran Bretaña y Francia y alrededor de la mitad del nivel de Alemania Occidental (OE, febrero 1975). Sin embargo, Japón ha logrado evitar la dependencia industrial característica de un Brasil o Argentina. ¿Cómo ha logrado esta hazaña?

Aunque Japón ha estado más abierto a la inversión extranjera que lo que algunos de sus críticos han estado dispuestos a admitir, hasta hace pocos años ha mantenido controles rígidos sobre la inversión extranjera en

la industria japonesa. Por lo tanto es un gigante industrial estructurado principalmente sobre una tecnología prestada. Un reporte reciente de la Agencia de Ciencia y Tecnología del Japón espera que continúe este patrón cierto tiempo (OE, febrero, 1975). En vista de estas circunstancias hay que preguntarse qué consecuencias tendrá la política de liberalización del Japón sobre la industria nacional. A partir del 1o. de julio de 1974, Japón fue abierto de hecho a la inversión industrial extranjera. El reto más serio a la industria del Japón proviene de compañías de computadoras extranjeras que estaban protegidas hasta el 1o. de diciembre, 1975. Las compañías de computadoras japonesas opinan que se verán forzadas a introducir su próxima generación de computadoras al año de la introducción por parte de la IBM de sus nuevas computadoras, esperada al final de la década (JEJ, septiembre 9, 1975). Esta amenaza ha llevado a la formación de dos grupos de compañías nacionales bajo la dirección del Ministerio de Comercio Internacional y de Industria. Al combinar sus esfuerzos, las compañías japonesas esperan contener la invasión por el gigante norteamericano (JEJ, 18 de noviembre, 1975).

Este reporte suscita preguntas serias. ¿Por qué, si los japoneses están tan preocupados por la competencia extranjera, están permitiendo que esta amenaza entre a las islas japonesas? La respuesta es muy sencilla, no tienen otra alternativa. Esta retirada es una indicación de la subordinación continua del Japón a Estados Unidos.

La penetración de la economía japonesa también está avanzando en el área crítica de la banca. Lo que los japoneses denominan la "liberalización del capital" ha seguido las mismas pautas que la "liberalización de las tecnologías extranjeras". Entre julio 1962 y diciembre, 1974, el número de bancos extranjeros en Japón aumentó de 14 a 50. El aumento es aún más dramático si vemos el número de oficinas de representantes (OE, mayo, 1975). La invasión de los bancos extranjeros sigue siendo muy limitada. Menos del tres por ciento de los préstamos están siendo otorgados por estos bancos y su parte correspondiente a depósitos sólo es alrededor de uno por ciento. De todas maneras debemos preguntarnos cuál será su papel en el futuro. Es interesante notar que los bancos extranjeros ya han aprovechado grandemente las dificultades económicas japonesas. Por lo tanto, The Orient Economist nota: "Este crecimiento es evidencia de que el medio-ambiente económico subsiguiente al 'choque Nixon' de 1971 era continuamente favorable a los bancos extranjeros localizados en el Japón".

Si la economía japonesa continúa tambaleándose, estos bancos sin duda alguna facilitarán la adquisición de las compañías japonesas. Como nota Business Week (marzo 31, 1975): "Más que nunca, hoy las compañías japonesas temen un control total por parte de extranjeros puesto que tienen una gran deuda, a menudo el 80% de la capitalización, pero su capital social es limitado".

El petróleo y la dependencia japonesa

Hoy en día el 75 por ciento de las necesidades de energía del Japón son llenadas a través del consumo de petróleo y la mayor parte de este petróleo viene del Medio Oriente. Sin embargo, hasta hace poco los japoneses hicieron pocos esfuerzos serios ya sea para reducir su dependencia del petróleo del Medio Oriente, o de la Marina de Estados Unidos que protege 66,800 millas de líneas de abastecimiento del Japón desde el Golfo Pérsico. No fue sino hasta 1967 que Japón estableció la Japan Petroleum Development Corporation, administrada por el gobierno. Aún así los japoneses evitaron "cualquier enfrentamiento directo con las compañías occidentales principales" (Howell y Morrow, 1975:132).

Después del acuerdo de Teherán de febrero, 1971, las cinco compañías principales petroleras "informaron" a la industria de refinería petrolera del Japón de los aumentos muy importantes en el precio de petróleo crudo. La respuesta oficial japonesa a la mayor incertidumbre de suministros y los precios más elevados vino del Ministerio de Comercio Internacional e Industria que pidió "esfuerzos acelerados para controlar el 30% de las necesidades anuales de petróleo del Japón para 1985" (Howell y Morrow, 1975: 132).* Esta cifra no es muy impresionante, sin embargo, en vista de los enormes alcances iniciales logrados por las compañías norteamericanas más importantes, posiblemente es una cifra realista.

A pesar de la gran publicidad dada a las ventas de petróleo chino al Japón, Tatsu Kambara ha calculado que China estará exportando solamente 24 millones de toneladas métricas de petróleo para 1982 (1974). Aun cuando Japón siga obteniendo las tres cuartas partes de este petróleo, obtendrá no más de un ocho o nueve por ciento de sus necesidades totales ese año. Por lo tanto, estos suministros no alterarán la dependencia por parte del Japón del petróleo del Medio Oriente.

La posición estratégica del Japón

Desde la segunda guerra mundial Japón ha sido un socio cada vez más importante, aunque socio secundario, de la hegemonía militar norteamericana sobre el Lejano Oriente (Klare, 1975a). Durante la primera mitad de los años 70, sus gastos por concepto de defensa ocuparon un séptimo lugar en el mundo y su cuarto plan de defensa exigía un aumento en el tamaño de su marina a 247,000 toneladas y un aumento en aviones navales a 350 aviones (Howell y Morrow, 1947: 153). Sin embargo, el ejército japonés es diminuto en comparación con el norteamer-

* Y esta cifra incluye el petróleo del Medio Oriente suministrado por la Arabia Oil Company of Tokyo.

ricano, cuya flotilla del Pacífico, por ejemplo, contiene siete porta-aviones y 2,100 aviones (Klare, 1975b: 649).

Como una nación-isla demasiado poblada, Japón tiene un interés vital en la estabilidad regional. Aunque redujera su dependencia de alimentos norteamericanos, de todas maneras tendría que embarcar alimentos sobre cuerpos de agua sumamente vulnerables. De todas maneras tendrá que mantener su línea de suministro al Golfo Pérsico aún más vulnerable y a sus proveedores de materias primas en todo el mundo. La marina norteamericana seguirá siendo muy importante en el mundo y Japón deberá seguir acudiendo a Estados Unidos para proteger sus intereses. Esto es sobre todo cierto en el Sudeste Asiático, donde las inversiones japonesas están altamente concentradas y ocupan un segundo lugar después de Estados Unidos. Como potencia capitalista, por lo tanto, Japón no tiene otra alternativa salvo la de depender del ejército norteamericano y de las instituciones financieras mundiales dominadas por los Estados Unidos que garantizan la estabilidad de los regímenes capitalistas reaccionarios y poco populares de la región.

La dependencia del Japón de Estados Unidos también descansa en su relación comercial. En 1975 el mercado de Norteamérica compró casi una tercera parte de las exportaciones japonesas (se estima una cifra de 14.6 mil millones) y, claro está, el segundo mercado más importante de Japón, el Sudeste Asiático (13.4 mil millones de dólares, según estimaciones) está asegurado por su gran aliado (JEJ, septiembre 30). Las devaluaciones del dólar de Nixon y el sobreimpuesto por concepto de importaciones demostró claramente qué tan fácil es para Estados Unidos lastimar la economía japonesa y qué tan impotentes son los japoneses frente a esta situación.

Uno puede ver un aminoramiento de la dependencia japonesa de alimentos norteamericanos. En otras áreas parece haber poca posibilidad de que Japón pueda disminuir su dependencia dentro de un futuro previsible. Japón sigue en una posición firmemente subordinada al imperia-lismo norteamericano.

OPEP

Casi todos los análisis sobre el petróleo y su relación al mundo capitalista han sido estrechamente económicos en su tratamiento. Por lo tanto hubo casi pánico con respecto al precio incrementado del petróleo y los tremendos problemas de balanza de pagos y recesión económica implicados por dichos precios. También se dijo que había habido un desplazamiento fundamental del poder lejos de Estados Unidos hacia la OPEP. No estamos de acuerdo. Dicho punto de vista hace caso omiso de ramificaciones más amplias. En primer término, los importantes ingresos petroleros que entran a los Estados petroleros están creando una

clase media relativamente grande y próspera y una élite de mano de obra en todo el Medio Oriente. A juzgar de la experiencia latinoamericana, estos grupos, aliados con el aparato estatal represivo y respaldados por los diferentes poderes de Estados Unidos no están en una posición que les permita reprimir luchas revolucionarias. En segundo lugar, se pueden considerar estos ingresos petroleros como un impuesto de guerra indirecto sobre los pueblos de la tierra. Las armas sofisticadas que ahora EU está embarcando al Medio Oriente dotarán de armas a los Estados clientes de Estados Unidos. Claro está, este impuesto no es considerado como tal por el pueblo norteamericano y está siendo sufragado en una forma muy desproporcionada por Europa y Japón. En cuarto lugar, Estados Unidos está recibiendo una cantidad desproporcionada de negocios del Medio Oriente. Entre 1970 y 1974 la participación de Estados Unidos de las exportaciones a la región aumentó de 19 a 22% de las exportaciones por los exportadores principales (MEED, septiembre, 1975). Puesto que Estados Unidos depende mucho menos del petróleo del Medio Oriente que sus aliados principales, su balanza de pagos está en situación favorable en comparación con la de los otros países.

En el período entre 1974-1977, las armas compradas por Arabia Saudita ascenderán a diez mil millones de dólares. Las compras por Irán también son gigantescas. Se ha dicho que una vez que estas naciones hayan modernizado sus fuerzas armadas la participación norteamericana de las exportaciones bajará. Tenemos dudas al respecto. El Mercado Común Europeo estima que Estados Unidos obtendrá el 20.5% de las exportaciones totales a la OPEP para 1978. Creemos que esta cifra impresionante ha sido subestimada. Aparte de la industria armamentista, las compañías norteamericanas tienen relativamente poca experiencia en el Medio Oriente. Pero, como reportó recientemente el Wall Street Journal, están aprendiendo muy rápidamente (enero 2, 1976). A largo plazo, la dominación norteamericana del Medio Oriente llevará a la dominación norteamericana de las exportaciones hacia y del desarrollo industrial en la región.

Dirigiéndonos muy brevemente a los excedentes en las balanzas de pago de los estados petroleros, vemos que aquí también Estados Unidos tiene una ventaja decisiva. Por razones que discutiremos posteriormente, Estados Unidos tiene la economía más fuerte del mundo capitalista. Por lo tanto, para proteger sus fondos, los inversionistas, incluyendo los Estados árabes, se sienten cada vez más atraídos hacia emisiones norteamericanas. En 1975 la inversión extranjera en Estados Unidos puede llegar a ser mayor que 2.5 mil millones de dólares en comparación con 540 millones en 1974. Esta tendencia deberá continuar. Como lo expresó el gerente de inversiones norteamericanas para uno de los bancos de Londres más grandes: "...no hay otro lugar en el mundo donde se pueda colocar el dinero con la certidumbre de recuperarlo" (BW, octubre 27, 1975).

¿Con qué garantías contamos para saber que el dinero petrolero no será

utilizado para comprar el control de las compañías multinacionales norteamericanas más importantes, para comprar a los Estados Unidos? Stanford Rose dio parte de la respuesta en un artículo reciente en *Fortune* (mayo, 1975). Después de observar los países de la OPEP han puesto casi todo su dinero en inversiones de carteras (depósitos bancarios, bonos y compras de acciones sin control) argumenta:

En toda probabilidad, el inversionista de la OPEP se seguirá comportando en esta forma durante los próximos años. Las inversiones en carteras diversificadas ofrecen la ventaja de mayor liquidez y menos riesgo que las inversiones directas. Si concentrasen los recursos necesarios para comprar un interés de control en compañías norteamericanas, los inversionistas de la OPEP automáticamente aumentarían el riesgo de pérdidas. Se justificaría esta aceptación de un riesgo adicional solamente si hubiese la oportunidad de obtener mayores rendimientos.

La mayoría de los inversionistas extranjeros directos en Estados Unidos esperan ganar más de lo que ganarían a través de inversiones en carteras, pero el inversionista de la OPEP no puede tener tanta confianza en obtener rendimientos más elevados. La razón se debe a que mientras que las compañías europeas y japonesas típicamente vienen a Estados Unidos con ciertas ventajas industriales, el inversionista árabe o iraní —ya sea de gobierno o particular— generalmente dispone simplemente de dinero y nada más.

Sin embargo, añade:

Las únicas inversiones directas que posiblemente serían lógicas para la OPEP están en la industria petrolera misma.

Evidentemente, Estados Unidos no podría permanecer indiferente a compras masivas por parte de la OPEP de nuestras instalaciones de mercadotecnia o de refinación. A extremos inaceptables, dichas compras le darían al cártel un dominio absoluto sobre las operaciones petroleras en un paso más adelantado en un momento en que su dominio absoluto sobre la producción de petróleo crudo se estaría empezando a debilitar. Pero esta posibilidad es muy poco probable.

Rose señala que las inversiones de la OPEP en Estados Unidos ayudan a garantizar su buen comportamiento. Pero nosotros opinamos que una explicación adicional no saldría sobrando.

Si las naciones de la OPEP llegaran a introducirse en actividades más adelantadas en el proceso, las compañías petroleras más importantes sin duda alguna ejercerían represalias reduciendo sus inversiones de capital, explotación y trabajo de desarrollo en el Medio Oriente. Es interesante notar que estas consideraciones han conducido a mucha cautela por parte de la mayoría de las naciones árabes, así como críticas de la nacionalización por parte de Iraq. Como lo expresó un funcionario de gobierno árabe

en Nueva York: "Fue bastante tonto" (NYT, enero 4, 1976). En vista del excedente existente de petróleo,* una amenaza a las operaciones de los Siete Grandes por la OPEP podría resultar en una caída en ventas de petróleo. Viendo hacia el futuro, creemos que las compañías petroleras más importantes mantendrán una posición de liderazgo decisiva en la nueva tecnología de recuperación del petróleo —tecnología que es muy importante para la OPEP.

Pasando ahora a consideraciones estratégicas, los Estados OPEP en el Medio Oriente a la larga dependen de Estados Unidos, primeramente, puesto que este último controla sus maquinarias militares y solamente Estados Unidos puede, a largo plazo, mantener estabilidad en la región. Esta estabilidad está amenazada en parte por disputas fronterizas, es decir, el Frente Popular para la Liberación de Omán y el Golfo Pérsico (PFLOAG). En segundo lugar, para principios de los 1980's, y posiblemente antes del final de la década (el último estimado es de la Morgan Guaranty Trust Company), las únicas naciones de la OPEP con superávits actuales importantes en cuentas de cheques serán Arabia Saudita, Kuwait, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos (WFM, octubre 20, 1975). Arabia Saudita tiene una población de solamente una quinta parte de Egipto y una cuarta parte de la población de Irán, o sea alrededor de ocho millones. Los otros Sultanatos Árabes tienen una población combinada de solamente dos millones. Las armas estadounidenses estarán entre ellos y sus vecinos potencialmente codiciosos, Egipto, Irán, Siria y Jordania. En tercer lugar, si es necesario, Estados Unidos también protegerá las pequeñas minorías en Egipto, Irán y los Sultanatos quienes se beneficiarán más del desarrollo desequilibrado de los programas que siempre caracterizan el mundo neo-colonial. En cuarto lugar, Estados Unidos ayudarán a evitar que los palestinos acaparen el control de sus vecinos más ricos en el Líbano y los Sultanatos.

El tremendo aparato militar en el Medio Oriente será un aparato militar norteamericano que mantendrá la estabilidad, excluirá a la Unión Soviética del área y protegerá la primera parte de la línea de abastecimiento de petróleo hacia Japón y Estados Unidos. Será financiado principalmente por Japón y Europa Occidental para el beneficio financiero del dólar y las compañías americanas multinacionales.

Viendo hacia el futuro más lejano, vemos el desarrollo de un complejo industrial iraní y árabe que será parte integral del imperio multinacional americano. El capital vendrá del petróleo y las utilidades también, a un grado muy desproporcionado, irán a las compañías que darán la capacidad tecnológica y de mercadeo una vez más para la ventaja competitiva del Imperio Americano.

* Como ha señalado R.M. MacIntosh: "Una tina llena y una capa freática declinante no son medidas mutuamente inconsistentes" (CBR, noviembre 1975).

La economía de Estados Unidos, Europa y el mundo capitalista

El 24 de diciembre, 1975, el Departamento de Comercio anunció que Estados Unidos terminaría el año posiblemente con el excedente comercial más importante en la historia. El Departamento esperó un superávit de 11.6 mil millones de dólares (NYT, diciembre 12, 1975). Por lo tanto estamos viendo una oscilación de 17.5 mil millones de dólares del déficit del año pasado de 5.9 mil millones de dólares. Uno puede atribuir gran parte de este superávit importante a fuerzas cíclicas favorables y una gran demanda de alimentos, bienes de capital en el Medio Oriente, productos automotrices, etcétera. De hecho, el superávit del año entrante posiblemente sólo sea la mitad. Sin embargo, creemos que este excedente es una medida de la dominación estadounidense de la economía capitalista mundial.

¿Cuáles son las fuerzas económicas básicas subyacentes en nuestros resultados impresionantes en el comercio mundial? En primer término, la devaluación del dólar finalmente está afectando el comercio mundial. Aún más significativo a largo plazo es la increíble pasividad de la fuerza laboral norteamericana. Un análisis hecho por el First National City Bank (Monthly Economic Letter, octubre, 1975) muestra que en el período 1970-1974 la compensación por hora de los obreros norteamericanos en las industrias manufactureras aumentó solamente 32%, en contraste con un aumento promedio de 104% para 11 naciones industriales importantes. La competencia más importante de Estados Unidos, Alemania y Japón, tuvo aumentos de 134% y 173% respectivamente (Tabla I). A pesar de mayores aumentos en la productividad de la mano de obra por gran parte de nuestra competencia, sus sueldos aumentaron mucho más rápidamente que los nuestros; nuestros costos de mano de obra aumentaron solamente 10%, en comparación con un promedio de 64%. Los costos de la mano de obra unitaria en Alemania y Japón aumentaron 90% y 100% respectivamente.

Esta tendencia a largo plazo ahora está impactando el comercio mundial en forma importante. Los importadores alemanes, por ejemplo, están dirigiendo una "inundación virtual de solicitudes de información" a la Embajada de Estados Unidos en Bonn (JC, noviembre 17, 1975). Hace poco, los fabricantes de acero norteamericanos estaban acusando a la competencia japonesa y europea de "inundar" (dumping) el mercado norteamericano con acero y parecía que no podían competir en el mercado mundial. Hoy, gracias a los menores costos de mano de obra y energía, estamos, según la sabiduría convencional, en posición competitiva en términos de costos. De hecho, un estudio reciente por Arthur D. Little indica que nuestros costos de acero son menores que aquellos de la competencia europea (WSJ, diciembre 30, 1975). ¿Pero y qué con el futuro? ¿Acaso hay probabilidades de que la mano de obra norteamericana siga relativamente impotente?

TABLA 1

LOS COSTOS DE LA MANO DE OBRA SIGUEN AUMENTANDO
(Se comparan las estimaciones de 1974 con las de 1970)

	<i>Sueldo por Hora en EE.UU. \$</i>	<i>Producción por hora-hombre</i>	<i>Costos Unitarios de la mano de obra en EE.UU. \$</i>
Bélgica	141%	31%	84%
Gran Bretaña	72	17	47
Canadá	51	17	29
Francia	95	23	59
Alemania	134	23	90
Italia	97	26	57
Japón	173	36	100
Países Bajos	137	32	79
Suecia	91	19	61
Suiza	124	16	92
Estados Unidos	32	20	10

Los datos son para la industria manufacturera y cubren básicamente todas las personas a sueldo fijo o que trabajan por su cuenta en Estados Unidos y Canadá, asalariados en Suiza, y todos los empleados en otros países. Se han redondeado todos los porcentajes.

FUENTE: Monthly Economic Letter, First National City Bank, octubre 1975, p. 11.

A pesar de un desempleo alto y continuo y una caída en el nivel real de vida de los obreros norteamericanos en los últimos 42 meses, la mano de obra americana está sin rumbo y confusa. A fines de octubre de 1975, George Meany describió su reporte sobre el "estado de la mano de obra" ante la convención bienal de la AFL-CIO como el reporte "más pesimista que se haya jamás presentado". Sin embargo, según Business Week, "había poco sentimiento de crisis" durante la reunión. Su reporte continuó:

En su gran mayoría, los 1,000 delegados eran funcionarios regionales o locales de los sindicatos AFL-CIO que no tenían motivo para atacar las políticas de Meany (BW, octubre 20, 1975).

Una tasa de desempleo oficial de más de ocho por ciento no es motivo para poner en tela de juicio el curso del movimiento laboral norteamericano.

Pero aún más costosa para el obrero americano que la complacencia de los burocráticos líderes sindicales de mucha influencia, es la pobreza ideológica del movimiento. Lo que la prensa capitalista denomina la filosofía pragmática del sindicalismo norteamericano, fue expresado elocuen-

temente por Meany mismo después de la manifestación en Washington de los desempleados durante la primavera, donde los desempleados rechiflaron a la élite sindicalista para que se salieran del escenario:

Tenemos fe en el sistema norteamericano. Tenemos fe en trabajar dentro del sistema norteamericano. Cuando se aprueban leyes en Capitol Hill que nosotros juzgamos como nocivas para nosotros, simplemente somos persistentes y tratamos de cambiarlas. No nos vamos a las trincheras y no nos lanzamos a las calles. Y no emplazamos a huelgas generales y no emplazamos a huelgas políticas. (B. J. Widick, 1967, p. 171).

Este pragmatismo supuesto ha hecho que el movimiento sindicalista sea un blanco fácil de ataques por parte de la clase capitalista.

Hasta hace poco los hipis, los negros y las madres que recibían asistencia social eran los chivos expiatorios del sistema. Hoy en día es el burócrata. Un movimiento sindical marxista, o inclusive vagamente socialista, relacionaría los problemas de las ciudades a la crisis fiscal del Estado capitalista. Desafortunadamente, puesto que dichas abstracciones no tienen cabida en el movimiento sindical, la clase obrera está casi sin defensa. La hostilidad hacia los sindicatos de los burócratas está cundiendo en la nación (ESF, diciembre 12, 1975). Sin duda alguna, este sentimiento dañará todo el movimiento laboral en los grandes contratos colectivos que pasan a revisión en 1976.

Siempre que el sistema capitalista mundial estaba creciendo rápidamente, el deseo de las compañías multinacionales para aumentar el comercio libre encontró su expresión en aranceles reducidos e integración regional. (El ejemplo más notable de esto fue el Mercado Común Europeo). Pero el precio incrementado de los energéticos y los alimentos y, a largo plazo, de otras materias primas, amenaza este crecimiento. En forma más fundamental, ha habido una erosión de utilidades a través del mundo capitalista desarrollado —una manifestación de la tendencia de Marx de que decaiga el ritmo de utilidades. Solamente en Estados Unidos, donde el movimiento laboral es muy débil, se ha podido arrestar esta tendencia. Dentro de este contexto debemos tratar las rivalidades dentro del mundo capitalista.

Hoy en día hay un sentimiento más a favor del proteccionismo. La posibilidad de una guerra comercial dentro del Mercado Común ya no se considera como algo imposible. Dicho evento sigue siendo poco probable en vista de la mejoría moderada en las economías europeas. Sin embargo, la supuesta integridad de la CEE se ve amenazada cada vez más por diferentes estrategias de energéticos. Por lo tanto Harold Wilson sugiere que Inglaterra puede ingresar a la OPEP y Francia obstruye una política de energía común, puesto que carece de recursos propios de energéticos. La unidad de Inglaterra misma se ve amenazada por el nacionalismo escocés que ha sido despertado por el desarrollo del petróleo

del Mar del Norte. Y, debido a su desarrollo del petróleo del Mar del Norte, Noruega ha optado por abstenerse del Mercado Común. El *Petroleum Economist* también ve una polarización dentro de la CEE entre los pudientes del norte y los indigentes del sur (noviembre, 1975).

Aun si la economía norteamericana no fuese tres veces más grande que su siguiente competidor capitalista, (\$1,400,000,000,000 en bienes y servicios en 1974 en comparación con \$500 mil millones para Japón y \$1,130,000,000,000 para todo el Mercado Común) su fuerza laboral dócil y su relativa abundancia de combustible fósil le daría una posición sobresaliente en la economía capitalista mundial. Pero cuando uno considera la dependencia extrema de la economía japonesa del mundo exterior y la inestabilidad del Mercado Común, la posición de los Estados Unidos se hace aún más envidiable.

Esta percepción por sí misma se está convirtiendo en un factor importante en la economía mundial. Debido a que es el lugar más seguro para invertir el dinero, se está convirtiendo, como ya lo hemos visto, en un imán para fondos extranjeros. Al entrar estos fondos en Estados Unidos, se convierten directa o indirectamente, en la fuente de préstamos norteamericanos al extranjero. Por lo tanto, Estados Unidos, al igual que en el período de la posguerra, es el banquero mundial preeminente. Posiblemente la mejor indicación aislada de esta tendencia importante es el retorno del Banco Mundial al mercado norteamericano. No pidió nada prestado en el mercado de capitales norteamericano privado en 1973 y 1974, 500 millones en 1975 y pedirá prestados cuando menos 1,275 millones en el año fiscal 1976 (NYT, 10 de diciembre, 1975).

Si las naciones OPEP fuesen de hecho una fuerza independiente, ellas, en calidad del único otro segmento del mundo capitalista con grandes reservas, podrían usar su dinero para obtener sus propios fines. Pero, como hemos visto, su futuro depende demasiado de la viabilidad del Imperio Americano de amenazar la dominación norteamericana del mundo capitalista.

Inmediatamente después de la guerra se hizo un llamado a Estados Unidos para que ayudasen a estabilizar Europa del Sur contra la amenaza del comunismo. Los eventos recientes han mostrado que la esperanza de un Portugal socialista era mucho muy prematura. Las posibilidades de una España socialista son, evidentemente, aún más remotas. Creemos que la estrategia oportunista de un frente unido del Partido Comunista en Italia resultará ser menos exitosa aún que en Chile. Pero la amenaza manejable de un control total por parte de los comunistas en Italia aumentará la influencia estadounidense allá. A pesar de una corriente creciente de mano de obra inmigrante hacia el Medio Oriente, Turquía se verá severamente afectada por el desmejoramiento de Europa — el mercado principal para su mano de obra excedente. Turquía también, a pesar de posturas militantes para un electorado ingenuo, renovará lazos con Estados Unidos. Al igual que en Europa del Norte, las difi-

cultades en el Mediterráneo aumentarán la influencia norteamericana y la dominación del Imperio Americano. Lo que estamos sugiriendo, claro está, es que, al igual que en el Medio Oriente, las divisiones y conflictos dentro de Europa vuelven a recalcar la dependencia de la región de Estados Unidos.

Conclusión: contradicciones imperiales a escala mundial

Las conclusiones decisivas que socavan el poder del imperialismo norteamericano están localizadas en los países imperialistas. La nacionalización, el desarrollo económico nacional e inclusive las revoluciones sociales en el Tercer Mundo han sido cambiados a favor de los intereses imperialistas norteamericanos a través del gran alcance del Estado imperial y las corporaciones multi-nacionales. Los niveles productivos más elevados del capital monopolista norteamericano permiten armamentos amplios para nuevas ventajas competitivas, en relación al capital europeo, a escala mundial. La caída relativa del capital europeo acelera la radicalización de la clase obrera expresada en primer término a través del crecimiento de los partidos comunistas en algunos casos, y en otros, a través de desplazamientos hacia la izquierda dentro de los partidos socialistas y laboristas y los sindicatos. El desarrollo político y social desigual de la política de la clase obrera a escala mundial es causa y consecuencia a la vez de un crecimiento desigual del capital imperialista. La contradicción central está entre la re-emergencia del imperialismo estadounidense a escala mundial y el resurgimiento de un proletariado europeo (y japonés) organizado en partidos de clase y decididos a defender su nivel de vida histórico frente al deterioro relativo de su clase capitalista nacional dentro de la economía global.

Ni las revoluciones del Tercer Mundo ni las nacionalizaciones han causado problemas severos en la posición del capital imperial estadounidense: por el contrario, han debilitado a su competencia. Tampoco la clase obrera norteamericana ha desarrollado la organización política y social que podría desafiar el resurgimiento del capital norteamericano. Por una parte, el capital europeo y japonés es el pivote del sistema capitalista mundial y está adversamente afectado por la nueva expansión del capital norteamericano. Dentro de cada una de estas áreas los partidos y las organizaciones sociales anclados en las clases que existen pueden presentar un reto histórico al resurgimiento de Estados Unidos como una potencia capitalista mundial.

A escala mundial el crecimiento dispar del capitalismo en el así denominado Tercer Mundo producirá sociedades cada vez más polarizadas en términos de clases en las formaciones en vías de avances (los países dotados de recursos petrolíferos) y poblaciones deprimidas en forma más homogénea en el resto. La nueva industrialización realineará aún más

las clases en el poder: Estados Unidos y Europa cada vez más competirán por los aliados entre las nuevas burguesías ricas de los países petroleros industriales emergentes. Las divisiones dentro del Tercer y Primer Mundo pueden llevar a nuevos conflictos políticos y alineamientos entre fuerzas burguesas en competencia.

Expansión norteamericana y contradicciones internas

El meollo de nuestro argumento es la idea de que el sistema capitalista no se desbaratará bajo el peso de sus propias contradicciones; que las crisis económicas no llevan y no llevarán, por sí solas, a la muerte del capitalismo. La caída del capitalismo depende de la lucha de clases que puede surgir o posiblemente no surja de las crisis económicas — dependiendo del grado y tipo de organización y la conciencia de clases vista dentro de la clase. En ausencia de una lucha de clases, el capitalismo tiene una gran variedad de mecanismos para recuperarse de las crisis — todas ellas centrándose en imponer los costos de la recuperación sobre los obreros. La expansión extranjera basada en la modernización de equipo de plantas es posible con desempleo a gran escala y la reducción de los costos indirectos de medidas de seguridad social a través de reducciones fiscales. Estas son algunas de las formas en las cuales el capitalismo norteamericano 'recupera' su posición en el mercado capitalista mundial.

Las implicaciones políticas son bastante claras. Las crisis del capitalismo y el esfuerzo de la clase en el poder para imponer los costos de su recuperación y expansión sobre la clase obrera presenta una oportunidad histórica para la izquierda: puesto que los partidos capitalistas se ven obligados a tomar medidas para socavar el nivel de vida de la clase obrera determinado históricamente y el liderazgo de los sindicatos ha aceptado estas reducciones, la izquierda tiene una oportunidad histórica para surgir como los únicos apoyos coherentes de reivindicaciones económicas y democráticas inmediatas de la clase. La posición de defensor sin rival de la restauración del nivel de vida de la clase obrera es una posición que ha evadido a la izquierda desde los años 1930's. Hasta la fecha la izquierda se podía dirigir a cuestiones que afectaban directamente a segmentos de la clase o la clase en general en términos de sus intereses históricos.

Hoy en día las organizaciones sindicales y reformistas liberales públicamente han endosado la necesidad de efectuar reducciones y, en muchos casos, han tomado la iniciativa ellas mismas — expresando la bancarrota práctica de las políticas liberal-democráticas. Frente a la estrategia de recuperación global del imperialismo norteamericano, sacrifica voluntariamente los intereses inmediatos de sus partidarios. Las crisis generalizadas del desempleo, reducciones en seguro social, agotamiento de dádivas

de subsistencia y pagos de desempleo pueden obligar a la clase obrera a un humor radical. La principal cuestión que enfrenta la izquierda hoy en día es la brecha entre las crecientes aspiraciones democrático-económicas de las masas (su desencanto con ambos partidos y la empresa privada a nivel muy alto) y la ausencia de cualquier formación político-social anclada en cualquier clase capaz de contrarrestar el impulso actual hacia la expansión en el exterior a costa de los trabajadores.

La falta de una izquierda está visible en el debate cada vez más acrimonioso dentro de la clase obrera sobre qué segmentos deberían soportar los efectos nocivos del resurgimiento capitalista: las mujeres y los negros están en contra de sistemas de antigüedad, mientras que los obreros sindicalizados están en contra de contratación preferencial, las mujeres, y los derechos de las minorías, etcétera. A falta de una perspectiva anticapitalista en torno a la cual unir la clase, los diferentes segmentos terminarán por pelearse entre sí, fortaleciendo aún más la capacidad capitalista en el extranjero. Es irónico que la izquierda debería ser la organización más débil precisamente en un momento en el cual la clase capitalista está más vulnerable: habiendo perdido su primacía en el extranjero, incapaz de transferir los cambios incrementales basados en ventajas externas, el capitalismo norteamericano solamente puede crecer en las circunstancias actuales reduciendo el nivel de vida y limitando las disyuntivas políticas. Este es el significado aparente de los esfuerzos conjuntos por parte de los líderes políticos de ambos partidos de abandonar las guarderías, actividades para los ancianos, burócratas, etcétera. El sistema de bienestar social fue el resultado de una coyuntura en la cual la lucha de clases limitada y la supremacía mundial de Estados Unidos coincidían. El pasar concesiones a coaliciones sectoriales (mujeres, minorías, los pobres) ya no es posible ni deseable si el capitalismo estadounidense ha de pasar a su hegemonía mundial. Solamente a través de una lucha de clases masiva se puede invertir el proceso.

Podemos esperar encontrar la 'pasividad' de la clase obrera —sus intentos por conservar lo que queda— como un fenómeno transitorio. Al desaparecer los impactos iniciales de las reducciones, conforme la clase obrera empieza a darse cuenta de los beneficios diferenciales y los costos de la estrategia de 'recuperación', los esfuerzos por racionalizar las crisis en términos de apretarse el cinturón empezarán a debilitarse. Posiblemente habrá, en primera instancia, una serie de brotes no coordinados y esporádicos de huelgas, ataques contra el liderazgo sindical y la posibilidad de algún esfuerzo de separación por elementos dentro del movimiento sindicalista, posiblemente dentro de algún liderazgo medio o regional. El proceso de formulación de un nuevo movimiento político será difícil y prolongado en vista de la falta de experiencia política dentro de la clase obrera y su 'experiencia' sindicalista. Sin embargo, los problemas y problemáticas enfrentados por la clase obrera no se

pueden resolver en una fábrica dada o inclusive en una industria — la política y la estrategia de deprimir el nivel de vida se formula al nivel del Estado y es al nivel del Estado que debe acudir un movimiento laboral insurgente para que tenga éxito. Para desafiar al Estado se requiere un partido y aquí la izquierda no-sectaria puede desempeñar un papel, en la elaboración de un programa que traduzca la estrategia defensiva sindical dirigida hacia la recuperación del nivel de vida histórico en un movimiento político que desafie la centralidad de la corporación multi-nacional en la sociedad norteamericana y en el diseño de políticas del Estado. Sólo dentro de un movimiento de la clase obrera en desarrollo luchando contra el ataque capitalista contra su nivel de vida (no solamente sueldos, sino que también salud, educación y prestaciones de bienestar social) será posible para el socialismo convertirse en el orden del día.

REFERENCIAS

SERIES

B	Barron's.
BW	Business Week.
CBR	The Conference Board Record.
FW	Financial World.
JEJ	The Japanese Economic Journal.
JC	Journal of Commerce.
MB	Multi-national Business.
MEED	The Middle East Economic Digest.
MEL	Monthly Economic Letter, First National City Bank.
NYT	New York Times.
PE	The Petroleum Economist.
USN&WR	U.S. News and World Report.
WFM	World Financial Markets, Morgan Guaranty Trust Company.
WSJ	The Wall Street Journal.

Brookings Institution. 1975. Higher Oil Prices and the World Economy, Washington, D.C.

Howell, Oeon y Michael Morros. 1974. Asia, Oil Politics and the Energy Crisis, IDOC/ International Documentation Nos. 60-61.

Klare, Michael T. 1975a. "How to trigger an arms race", The Nation, agosto 30, 1975, 137-142.

1975b. "The Nixon-Kissinger doctrine and America's Pacific basis strategy". Bulletin of Concerned Asian Scholars, abril-junio, 1975, 3-14.

Rose, Sanford. 1975. "The misguided furor about investments from abroad", Fortune, mayo, 1975.

Widick, B. J. 1975. "The triumph of business unionism", The Nation, septiembre 6, 1975, 169-173.